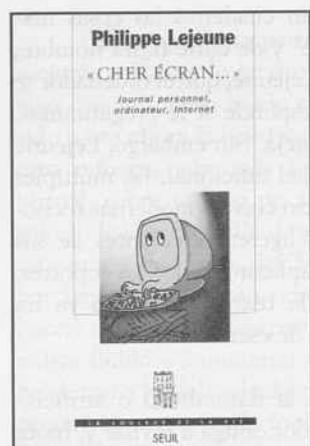


"Cher écran..." *Journal personnel, ordinateur, Internet*París: Seuil, *La couleur de la vie*, 2000

Lejeune on line



PHILIPPE LEJEUNE (París, 1937) es conocido en España por el "pacto autobiográfico" (*Le pacte autobiographique*, 1975), definición trascendental para los estudios sobre la autobiografía de los últimos 25 años, incluso para los que la impugnan y rechazan, pues de alguna manera resitúan y definen sus posturas frente a la de este profesor francés. A la vista de los reparos y críticas y de las inevitables reducciones que toda definición implica, el propio Lejeune, que, a pesar de lo que podrían pensar algunos, es muy poco prescriptivo, fue remodelando su teoría en los libros que siguieron (*Je est un autre*, 1980, y *Moi aussi*, 1986) hasta no dejar prácticamente ningún cabo sin atar ni territorio sin explorar. Todos menos uno: el diario íntimo.

Por eso, y quizá también por una necesidad personal, en los últimos diez años sus investigaciones están dedicadas, casi exclusivamente, a la práctica del diario íntimo (él prefiere llamarlo personal), no a los diarios editados, sobre los que ya existe en Francia algún libro destacable, como el de Alain Girard, sino a la escritura y las circunstancias que rodean a los diarios de la gente común, ese inmenso territorio subterráneo y escondido que se podía imaginar, pero del que no se tenía ninguna constancia. Primero sondeó dicha práctica en la Francia actual ("*Cher cahier...*", 1990), después en las "jovencitas casaderas" del siglo XIX (*Le moi des demoiselles*, 1993) y en "*Cher écran...*", el libro que cierra de manera coherente esa búsqueda, Lejeune, que ya ha dado numerosas pruebas de su originalidad, vuelve a evitar la repetición, lo ya hecho, para sorprendernos de nuevo: el diario en el ordenador y el diario abierto en Internet son los temas estudiados ahora.

Esta línea de investigación se propone revelar la verdadera extensión de esta "escritura ordinaria" más allá del exiguo número de los diarios publicados para catalogarla, archivarla y estudiarla con una metodología interdisciplinar, en la que los estudios literarios se sirven de los procedimientos de la sociología, de la historia y de la antropología cultural. En este proceso investigador, influido por el ambiente de convi-

vencia e intercambio creado en torno a la Asociación para la Autobiografía, que él mismo ha fundado y alentado en estos años, Lejeune se ha ido implicando personalmente cada vez más y, en coherencia con el objeto estudiado, ha adoptado la forma del diario personal o del cuaderno de campo para transmitir los resultados. En "*Cher écran...*", que cita y rememora de manera inequívoca el libro de hace diez años, volvemos a encontrar como punto de partida el mismo procedimiento del llamamiento público en la prensa y la misma actitud de ir contra los tópicos o prejuicios establecidos, incluidos los suyos.

¿Se puede tutear al ordenador?

En realidad este trabajo recoge dos investigaciones diferentes, si bien muy relacionadas. En la primera, Lejeune se plantea uno de esos temas que desde fuera podrían parecer asuntos menores o pruritos de especialista, pero a través del cual acaba por llevarnos al centro del problema desde la aparente periferia de la cuestión: ¿qué implica utilizar el ordenador para llevar diario? Lejeune sostiene que el soporte no es algo banal, pues no es un mero instrumento, sino una cuestión central en la modulación de intimidad y en el propio "yo" que el diarista descubre o construye, al fin y al cabo, a través de la escritura. A diferencia de otros trabajos anteriores, en este caso Lejeune no se queda al margen, pues él, que lleva sus diarios en el ordenador desde hace diez años, ha querido también contraponer su propia experiencia de diarista con la de los 27 testimonios publicados de los 66 que contestaron a su llamamiento en la revista literaria francesa *Lire*, para compararse con ellos y reconocer sus afinidades y diferencias. Si en "*Cher cahier...*" había comprobado que el soporte mayoritario y estrella de la práctica diarística común era el cuaderno en sus diferentes formas y que ninguno de sus corresponsales utilizaba el ordenador, ahora Lejeune hace, y se hace a sí mismo también, las siguientes preguntas: ¿se utiliza el ordenador para llevar diario? ¿Se modifica por esto la manera de llevarlo? Y por último, y a mi parecer lo más importante, ¿la escritura electrónica no termina por "contagiar" su virtualidad al "yo" que el diarista pugna por configurar, alumbrar o liberar?

Como se puede imaginar las respuestas son necesariamente variadas y hasta contrarias. Lejeune las recoge todas, las discute, las incorpora a su completo estudio inicial sin excluir ninguna y sin pretender sentar cátedra ni establecer ningún canon ni regla. Uno de los hallazgos, más o menos sorprendente, más o menos contrario a sus propios hábitos de diarista, es que a pesar de los pesares entre una parte de los diaristas que llevan diario en ordenador, el soporte encuentra todavía resistencias, como si no acabase por ser aceptado en un espacio tan "íntimo", como si se viese todavía demasiado "artificial" frente a la supuesta "naturalidad" de escribir en un cuaderno las cosas más personales, de "hablarle" y de darle hasta nombre, olvidándolo, argumenta Lejeune, que el ordenador se enciende y se apaga, responde si le preguntamos, ronronea... y hasta se queja. Sin embargo, Lejeune augura que la versatilidad funcional, las múltiples posibilidades de conexión con las modernas tecnologías y el atractivo y ligereza crecientes de sus formas acabarán por desplazar a todos los soportes, como el tratamiento de textos de hecho ya ha sustituido a la máquina de escribir.

Pero más allá de la naturalidad o artificialidad, el uso del ordenador obliga a revisar y, hasta cierto punto, pone en entredicho algunos aspectos de la práctica diarística tenidos por imprescindibles. La manera tradicional de llevar diario presupone que el texto no se "trabaja" como otros escritos concebidos para ser transmitidos o publicados, sino que se escribe de un tirón sin apenas corregir, si acaso se cambia una palabra mal elegida, se subsana algún error ortográfico o gramatical, y sólo si se está en desacuerdo con lo escrito, el diarista se puede autocensurar de dos modos bien distintos: matiza y cambia lo dicho en alguna entrada posterior o de manera más drástica destruye su escrito. El diario tal como lo conocíamos hasta ahora rechazaba la idea del retoque o de la corrección, y cuando esto sucedía quedaba la huella de la tachadura. Los diarios en el ordenador, por el contrario, introducen la posibilidad de retocar, cambiar y retribujar el texto indefinidamente y sin que se note. La posición de Lejeune, derivada de su práctica personal, representa una síntesis de ambas posturas. El tratamiento de textos permite borrar una cacofonía, probar con otra palabra, cambiar una

frase o elegir la palabra precisa sin "pentimento". Todos los cambios -dirá Lejeune- son válidos... si se hacen en el día, si dejan expresión de lo que se pensaba, errónea o acertadamente, en aquel día. Es decir, con sus correcciones del momento el texto no pierde su valor testimonial, permite dejar un documento "histórico" de lo que se vivía y de cómo se vivía en aquel momento. La corrección "sine die" desdibujaría ese valor antes aludido y lo convertiría de manera necesaria en otra cosa. Este principio de Lejeune sobre su práctica diarística viene a ser corroborado, como se verá después, por las personas que ponen en Internet sus diarios.

Pero si por una parte el ordenador permite mejorar y matizar lo escrito de manera espontánea, algo que en cierto modo contradice lo que había sido hasta ahora la práctica habitual del diario, por otra refuerza aún más su ya marcado carácter virtual, sobre todo si no se imprime y el diarista sólo lo lee en pantalla. Los diaristas que prefieren esta modalidad -más del 30 % de los consultados por Lejeune- dejan su texto en estado virtual, lo hacen aparecer y desaparecer a su gusto, y éste existe fluido e inmaterial como la conciencia. El cuaderno o los folios le daban una corporeidad, una presencia, aunque sólo fuese para el diarista y para los posibles intrusos, mientras que el disquette o el disco duro del ordenador lo vuelve prácticamente invisible. Para éstos la pantalla resulta más íntima que el papel.

¿Hay vida (íntima) en Internet?

La segunda parte del libro está dedicada a los diarios francófonos en Internet. Lejeune reconoce que no lo había previsto en principio, pero el desarrollo de su investigación sobre el diario en el ordenador y las observaciones de sus colaboradores le persuadieron de la necesidad de esta segunda búsqueda. A pesar de sus reservas y de los prejuicios contra los diarios en línea, amén de su confesada ignorancia en las artes de navegación en la Red, Lejeune, con la ayuda de su hijo Rémi, a quien dedica el libro, se va a "encerrar" un mes en Internet para leer y estudiar estos diarios.

Durante esos treinta días Lejeune llevó un diario de campo, en el que nos da no sólo los resul-

tados sino los pasos, dudas, dificultades y conquistas de este proceso, en un ejemplo más de su generoso magisterio, al que ya nos tiene acostumbrados. Se trata, por tanto, de un verdadero cuaderno de bitácora de su navegación electrónica. Antes de comenzar el "viaje" Lejeune tenía sobre los diarios cibernéticos una idea hecha de prejuicios (autocensura, enmascaramiento, fatuidad, cháchara frívola o superficial), que se va desvaneciendo poco a poco en cada uno de los hallazgos y en el intercambio de e-mails con los diaristas, hasta que se produce su definitiva "conversión" en este particular camino de Damasco, cuando lee el *Mongolo's Diary* (almost), verdadera estrella de los diarios estudiados y el que más ampliamente se reproduce en la antología de nueve diarios que Lejeune publica también en este libro. La lectura le hizo caer el velo de los prejuicios sobre los diarios en Internet, pues éstos más allá de ser un parloteo insustancial dan sobradas muestras de reflexión y preocupación sobre el mundo y sus problemas.

Lejeune destaca la dificultad del terreno estudiado, la rapidez con que cambia y su desarrollo escaso todavía, que sin embargo tiene la importancia de marcar la tendencia de las futuras mutaciones en la esfera de lo íntimo. Cuando comienza este "viaje" en octubre de 1999, encuentra sólo 68 diarios en línea, al terminar la investigación en mayo de 2000, el paisaje ha cambiado totalmente: el número de diarios se ha doblado, son ya 120, algunos han desaparecido, otros han cambiado de dirección, la mayoría se agrupan en "anillos" o "círculos"... Son grupos reducidos, si los comparamos con los diarios anglosajones donde Internet está quizá más desarrollada, la mayoría pertenecen a la provincia canadiense de Québec, pero son muy vivos, activos y sociables.

Lejeune renuncia a cualquier conclusión definitiva sobre un terreno tan móvil y cambiante, pero en el diario de campo con el que cierra el libro, hace balance de sus descubrimientos, nos comunica sus sorpresas agradables y también sus dudas. Si el diario en el ordenador contradice, como se ha visto, algunas de nuestras ideas hechas sobre los diarios, el diario en línea parece operar con otra lógica, con una lógica paradójica deliberada frente a la idea

tradicional del diario. Internet introduce la posibilidad de una transmisión instantánea (basada en otro concepto de tiempo que no puede aguardar la demora forzosa ni la maduración y acumulación paulatinas, propias del diario tradicional). Teóricamente ilimitada a todo el mundo e interactiva entre autor y lector via e-mail, convierte de hecho una escritura personal y solitaria en un diálogo inmediato y cómplice. Los intercambios entre los diaristas del mismo círculo sobre todo son numerosos. Se leen entre ellos, aparecen en los diarios de los otros, comentan las entradas de los demás, contestan a sus lectores, se influyen y se relacionan a través de encuentros "reales". Es lo que Lejeune llama la "convivencialidad" de los diaristas de la Red. De hecho los enmascaramientos o los pseudónimos utilizados por los diaristas, que en principio parecerían contradecir la regla básica del "pacto autobiográfico", esconden su identidad sólo a medias, pues el e-mail no lo permite totalmente. Son máscaras pensadas para protegerse de sus próximos o conocidos y del público general y se aseguran la trasmisión selectiva del diario entre posibles afines. Esta nueva concepción del diario, lejos de remitirnos al espacio de la publicación en forma de libro, nos sitúa en otro terreno distinto a la edición, caracterizado por la necesidad de un destinatario o interlocutor en la construcción de la intimidad, de una mirada exterior, de una forma simpática de compartir lo vivido y de la aprobación en la forma de contarlo. En fin estos diarios patentizan que el actual concepto de lo íntimo está en mutación y lejos del uso zafio que muchos medios de comunicación hacen de él. Demuestran que nos hacemos y "somos" en relación con los demás. Lo íntimo no existe en sí mismo, sino como resultado de un diálogo con el otro, en el que de manera inevitable se mezcla y se superpone con lo privado y con lo público. Este giro hacia el otro no es una traición a los secretos del yo, sino el cumplimiento de su deseo más profundo, la comunicación con un interlocutor cómplice en la que el diario se convierte en una síntesis de la escritura íntima y de la epistolar. Como dice un diario que recoge Lejeune:

Yo diría incluso que esta transparencia me vuelve más fuerte. No me escondo, me expongo. Se ha convertido en mi liberación.

En fin, a manera de resumen de este riguroso, ameno y sugerente trabajo, podemos destacar lo que anota Lejeune al final de su diario de campo:

Écrire pour soi seul sur un cahier, ce n'est pas une situation "naturelle" qui serait altérée par l'arrivée de nouveaux médias. L'ordinateur n'est pas plus artificiel que le cahier. Il change simplement le rapport à l'écriture. Et Internet ouvre un nouveau mode de communication qui déplace toutes les distinctions auxquelles le papier nous avait habitués au point que nous craignons d'y perdre notre âme. Que des passions! Comme on se croit obligé d'exclure ceux qui font autrement que soi! J'ai occupé successivement toutes les positions. Pendant une vingtaine d'années, j'ai nourri de féroces préjugés contre le journal. Puis j'ai passé de l'autre côté et j'ai donné la parole à ceux qui écrivent en s'adressant à leur support... "Cher cahier...". Puis je suis passé à l'ordinateur, et me voilà faisant une seconde enquête, "Cher écran..." pour me justifier auprès de ceux qui sont restés fidèles au papier, et les inciter à la tolérance. Mais ne suis-je pas, moi-même, intolérant envers les cyberdiaristes, que j'ai naguère traités de bavards?... Tout pivote: d'abord moderne face aux anciens, me revoici ancien face aux nouveaux modernes... C'est l'histoire qu'on vient de lire.

PS. Como no podía ser de otro modo este libro no se cierra en la página 444. Un libro sobre los diarios en Internet no podía acabar (¡nobleza obliga!) sobre papel, sino en la misma Red de los diarios que estudia. Quince días antes de aparecer en las librerías, y durante un mes, Lejeune llevó un diario a manera de epílogo abierto sobre las expectativas personales, las reacciones de acogida, la continuación de la investigación o la cita "real" en el Pont des Arts sobre el Sena con Mongolo, verdadero "héroe" de este "viaje". Lejeune lo puso en su página web, "Autopacte", y allí se puede leer todavía. Es hasta hoy la última entrega de un excelente trabajo, que queda por ahora necesariamente abierto.

Manuel Alberca